
La verdad entre la fe y la razón. Aproximación a una reflexión relacional

Víctor Martínez M., S.I.*

RESUMEN

La encíclica Fides et Ratio no puede pasar desapercibida para aquellos que queremos dar razón de nuestra fe; ella pretende iluminar y ser horizonte de sentido en el quehacer teológico y filosófico, más aún, haciéndose materia de estudio se hace texto para el pretexto de las ciencias humanas en este contexto del nuevo milenio. ¿En verdad lo logra?

Hoy ante el cansancio de modelos absolutos, fundamentos últimos de pretensiones totalizantes y últimas palabras la relacionalidad, fe y razón en encuentro mutuamente referencial de diálogo crítico y reconocimiento, hacen de la verdad un tejido de comunicación donde nuestra fe debe ser explicitada desde la libertad, a partir de una razón capaz de afirmarla.

* * *

Dar razón de su fe implica, para el cristiano de finales del milenio, más que un ejercicio mental o un asentimiento afectivo, una vivencia existencial que abarca la compleja red subjetiva e intersubjetiva de su ser. Por ello no podemos reducir la verdad a afirmaciones razonables, sean ellas fruto de profundos y serios caminos recorridos en el orden filosófico o teológico.

* Sacerdote jesuita. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma. Licenciado en Filosofía y en Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente director del Departamento de Teología, de la Facultad de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de Reconciliación y Unción y de Eucaristía, en la Facultad de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana.

La verdad en el orden de las ciencias exactas se inscribe en coordenadas de precisión, parámetros de exactitud y criterios de univocidad. La aproximación de la filosofía y la teología para barruntar la verdad desde su lugar como ciencias humanas no tiene mayor pretensión que ser dadoras de sentido, portadoras de significación, elocuencia de razón creíble y fe razonable de nuestro existir.

¿Logra la encíclica *Fides et Ratio* enrutarnos hacia esta tarea, de cara a la verdad?

EL CANSANCIO HISTÓRICO DE LA VERDAD ABSOLUTA

Hace tiempo que lo verdadero designa simplemente la adecuación a lo real o la realidad misma que develándose, resulta clara y evidente. La verdad revelada está fundada en la experiencia religiosa de la relación con Dios. Cómo acceder a la verdad de Dios desde la fe y la razón, ha sido el esfuerzo de muchos pensadores cristianos a lo largo de la historia.

El recorrido realizado en la relación entre la fe y la razón no ha desconocido las formas mitológicas ni las teogonías en movimientos de procesos de purificación y fundamentación racional, que apuntan al derecho de acceder a la verdad. Se verifica en la historia de este proceso la acogida crítica del pensamiento filosófico.

El interés por abordar la verdad es cuestión fundamental de la vida humana, más aún la verdad acerca de Dios. Si Dios es realmente verdadero ¿cuál es su fundamento y cómo poderle entender y justificar? He ahí el aporte de la filosofía que con Tomás de Aquino adquiere una respuesta elocuente, al presentar a Dios creador como *intellectus divinus* y la verdad como *adaequatio intellectus et rei* fundada en la relación de la creación tanto de las cosas como del *intellectus humanus*.

La realidad despliega su existencia en otras formas de espiritualidad reflexiva más allá del «*veritas est adaequatio rei et intellectus*» (la verdad es la coincidencia del objeto y la razón), del «*verum est id quod est*» (la verdad es aquello que es), o «*veritas est qua ostenditur id quod est*» (la verdad es aquello con lo que se muestra lo que es). Ciertamente la verdad tiene su lugar sistemático en el juicio; sin embargo no se limita a un cerciorarse empírico, conceptual o teórico del mundo. El acontecimiento de la verdad se abre a todas las formas del espíritu que contempla al mundo gracias al elemento trascendental, en donde la filosofía en relación con la ciencia y la religión se entiende como interlocutor crítico, no como tutor de éstas. Es así como la filosofía necesita del elemento creativo de la ciencia, el arte y la religión y al mismo tiempo sigue ocupando el punto referencial del acontecimiento finito de la verdad que se presenta en ellas.

No podemos desconocer zonas conflictivas que llegan a establecerse entre la teología sistemática cristiana y la filosofía, la relación fundamental entre fe y ciencia, y en concreto, la pretensión de verdad absoluta que se expresa en muchas determinaciones relacionales, no sólo de la fe sino de la teología que reflexiona sobre ella. Así, la verdad de la revelación no puede considerarse como la verdad única que todo lo llena, sino como una oferta sobre la cual decide el sujeto; la fe cristiana es una provocación para la decisión existencial del hombre.

Respecto a la verdad absoluta sobre Dios, la última palabra ¿la tiene la fe o la razón? Lejos está de nuestro pensamiento considerarles valores absolutos. La razón es la base de una fe posible, una fe en su apropiación creativa del saber racional que da sentido a la razón. Las relaciones de razón y fe mutuamente referenciales, de diálogo crítico y reconocimiento, se fundamentan en una fe que necesita de la razón en confrontación y colaboración desde la seriedad de una fe decidida y la dignidad de una razón humana.

MÁS ALLÁ DE LA VERDAD RELATIVA

La relación entre fe y razón, teología y filosofía, es un caso particular de comunicación. La verdad filosófica cuestiona, valora y aporta críticamente a la verdad de la existencia religiosa. La fe filosófica es el adversario cualificado ante la incredulidad. Tanto microsistemas como macrosistemas encuentran respuestas que brindan significado y redimensionan su existencia desde el quehacer filosófico. Ahora bien, la filosofía contribuye a la labor teológica en su tarea de mostrar la verdad divina, empeño que se va gestando en el aporte de significación a la cotidianidad de la existencia.

La separación entre fe y razón, en virtud de un conocimiento racional ha traído consigo consecuencias que han afectado la existencia humana, al apartarla de cualquier compromiso definitivo, y hacerla fugaz y provisional. Hemos colocado la razón al servicio del poder, del placer y del tener, y de esta manera la hemos hecho instrumental, para llegar a ámbitos meramente subjetivos de certezas utilitaristamente prácticas.

No podemos negar que el camino de la verdad puede verse fortalecido gracias a la distinción entre fe y razón; el sentido auténtico de la propia existencia recobra su fuerza e invita al discernimiento exigente, a la búsqueda de coherencia entre ideal y realidad, personalidad e intersubjetividad, unidad y pluralidad, historicidad y trascendencia, lejos de componendas artificiales e interesadas relaciones. Una razón débil hace que la fe sea carente de significación, la hace

infantil y alienante, desfigura su verdad y la acerca así a la magia y a la superstición. Igualmente, una fe inmadura hace que la razón se desmotive, coloque su preocupación lejos de la esfera de la religión y sitúe su verdad distante de la radicalidad de la existencia.

Abogar hoy por la unidad profunda entre fe y filosofía no puede significar el retorno a estructuras antiguas y recuperaciones de sistemas arcaicos de pensamiento, o la añoranza de sólidas metafísicas. Se impone la audacia de la razón y la incisividad de la fe que desde la autonomía propia de sus realizaciones responda en libertad a la exigencia de buscar la verdad con el deseo de dar cuenta de ella.

Es preciso no perder la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda, junto con la audacia de descubrir nuevos rumbos. La fe mueve a la razón a salir de todo aislamiento y a apostar de buen grado por lo que es bello, bueno y verdadero. Así, la fe se hace abogada convencida y convincente de la razón (*Fides et Ratio*, 56).

LA REVELACIÓN DE LA VERDAD EN JESUCRISTO

Dar razón de nuestra fe significa responder al por qué de nuestro asentimiento y seguimiento a la persona de Jesús, el Cristo. ¿Una verdad que hemos de creer o un signo de credibilidad?

Es necesario, por tanto, que la razón del creyente tenga un conocimiento natural, verdadero y coherente de las cosas creadas, del mundo y del hombre, que son también objeto de la revelación divina; más todavía, debe ser capaz de articular dicho conocimiento de forma conceptual y argumentativa. La teología dogmática especulativa, por tanto, presupone e implica una filosofía del hombre, del mundo y, más radicalmente, del ser, fundada sobre la verdad objetiva (*Fides et Ratio*, 66).

Desde la libertad nuestra fe debe ser explicitada a partir de una razón capaz de afirmarla.

Modos diversos de acercamiento a la verdad nos llevan a ser reconocedores del proceso de encuentro y confrontación con las diversas culturas; y si es verdad que ninguna de ellas se levanta como criterio o razón última de verdad en relación con la revelación de Dios, sí deben ser tenidas en cuenta. El Evangelio, sin ser contrario a las culturas, nos exige establecer lazos entre la filosofía de las mismas y la fe que proclama. Esta nos llevará a caminos hasta hoy no recorridos.

Es deseable pues que los teólogos y los filósofos se dejen guiar por la única autoridad de la verdad de modo que se elabore una filosofía en consonancia con la palabra de Dios. Esta filosofía ha de ser punto de encuentro entre las culturas y la fe cristiana, el lugar de entendimiento entre creyentes y no creyentes. Ha de servir de ayuda para

que los creyentes se convenzan firmemente de que la profundidad y autenticidad de la fe se favorece cuando está unida al pensamiento y no renuncia a él (*Fides et Ratio*, 79).

De allí las exigencias que nos impone nuestra tarea prospectiva como filósofos y teólogos. Recíproca relación que desde la verdad exige rigor y profundidad académicos. La historicidad de la verdad nos lleva a mirar el acontecimiento fundamental que ella encierra: el ser humano.

Afirmación o negación de la historicidad o suprahistoricidad, aceptación o rechazo de hermenéuticas o metafísicas, el planteamiento actual del problema de la verdad lleva a la filosofía y a la teología a un trabajo interdisciplinar de diálogo estrecho y relación mutua, dialéctica, e integración de criticidad en la elaboración de horizontes de comprensión sin desconocer dificultades inherentes a este proceso, que por arduo y riguroso no podemos evadir.